

SOBRE SONETOS DE LA BAHÍA, EL PRIMER LIBRO DE JOSÉ LUIS CANO

Manuel Fernández Mota / Escritor.

Para conocer y reconocer toda la profundidad humana y la profundidad poética de José Luis Cano, necesariamente hay que haber conocido al hombre y al poeta. De las dos formas lo conocí ya hace muchos años. Tal vez sean detalles simplistas y datos que no tengan para otro gran importancia, pero sí para mí, y de alguna forma para los interesados en los hechos literarios de Algeciras.

Mi primer contacto con José Luis Cano, y me refiero a lo personal pues su poesía sí me era conocida, fue en el año 1964. Publicaba yo mi primer libro, libro de autor como todo poeta pobre y desconocido que empieza, y tuve el atrevimiento de escribir a José Luis Cano solicitándole un prólogo para aquel libro. Él me contestó con su elegancia y finura, y me mandaba el prólogo solicitado. El libro de referencia era *Destellos del barro*. Se imprimió en una pequeña imprenta escolar, elaborado por niños dirigidos por el director del colegio público "General Castaños", D. Javier Torregrosa, pero era mi primer libro y estaba avalado por las palabras de José Luis Cano. De ahí parte mi contacto y mi amistad con él.

Algunos años más tarde, la Agrupación de Cultura y Arte (A.C.A.), hoy injustamente olvidada en Algeciras, en la que tanto trabajamos algunos, y que dirigía D. Vicente Iranzo, llegó a la conclusión de que no era lógico que el gran poeta de Algeciras no fuese conocido y escuchado en su pueblo.

Ya sabemos que ciertas circunstancias cainitas impedían que el nombre de José Luis Cano fuese reconocido en su tierra. Nos pusimos en contacto con él y conseguimos que viniese. Y lo que son las circunstancias históricas... Se organizó su recital en el salón de actos de la Casa de los Sindicatos. El maleficio ya estaba roto.

En años posteriores, en la Revista *Bahía* dedicamos un número especial al poeta de Algeciras. Estaba compuesto por los números 9-10, formando una entrega extraordinaria, y salía en Junio de 1970. Treinta y dos poetas colaboraban en el homenaje, y no se puede olvidar que con nombres tan importantes como los de Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre,

Leopoldo de Luis, Rafael Alfaro. No sigo con los nombres por no hacer una lista tan extensa; pero sí debo recordar las palabras de cariño que mandaba el gran escultor Pablo Serrano, con un retrato a plumilla de José Luis y que se publicó en dicho número homenaje. También la portada era de un gran pintor, de Helmut Siesser; así como un bello dibujo del artista algecireño José Antonio Pérez de Vargas. Ni que decir tiene que estuve en contacto con José Luis Cano y con su obra literaria, a través de él y de otros poetas. Aquel número nos reportó muchas satisfacciones y algunos contratiempos. No es de extrañar que el nombre de José Luis Cano haya sido por cuestiones políticas piedra de toque y señal de contradicción. Aún hoy día hay quien le niega el reconocimiento como gran poeta, y no por crítica hacia su obra, -supongo que ni siquiera ha sido leída por sus detractores-, sino por esas prevenciones hacia su persona.

No es seguro que yo pueda aportar nada nuevo al conocimiento de la obra de José Luis Cano, cuando críticos tan valiosos como Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre han tocado la médula de su creación y han sacado a la luz el fuego de su poesía. Incluso cuando aquí, en Algeciras, escritores tan documentados como Alberto González Troyano y Juan José Téllez, también se ocuparon de su vida y de su obra, en una publicación promovida y subvencionada por la Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar, el año 1987. Y aún más cercano todavía, en la Feria del Libro de 1991, el profesor Antonio Guerrero, con su libro «José Luis Cano. De Sonetos de la bahía a la España de Bonafoux». Primer Premio de Literatura de la Fundación «José Luis Cano».

Mas en este homenaje, en estas Jornadas Literarias y por qué no, para llenar mi palabra con la emoción y el fuego que puede dar la poesía de José Luis, me adentraré un poco en su obra, escudriñaré en su poesía, analizaré su palabra poética, y expondré ante vosotros mis opiniones y juicios literarios sobre su primer libro, sin duda el más conocido.

Se ha dicho que el primer libro de un poeta es casi siempre de amores, de sueños, de esperanzas. No es así. Primeros libros hay, y de una gran trascendencia en la poesía española, como son «*Marinero en tierra*», de Alberti; el «*Romancero gitano*», de García Lorca, «*Perito en lunas*» de Miguel Hernández, «*Soledades*», de Antonio Machado, y otros muchos, cuyos temas fueron distintos y a veces hasta contrapuestos al tema amoroso. Incluso el que os habla se escapó de esa tradición, tal vez fuese por el hecho de haber publicado el primer libro a los cuarenta años. Nada tienen que ver los primeros temblores del corazón enamorado con la primera entrega lírica de un poeta. A veces, éste, hasta oculta sus sentimientos por intimismo pudoroso, o por otros motivos literarios o personales.

Pero el primer libro de José Luis Cano, «*Sonetos de la bahía*», sí está lleno de dos grandes amores que llenan toda su poesía: el amor a la mujer y el amor a la tierra. Tal vez en realidad sea nada más que uno, un gran amor sacramentado y enraizado en lo más íntimo del poeta. La tierra y el mar, su mar, habían forjado durante su infancia y su adolescencia una atracción tan sensual, un dominio tan luminoso, y una llamada tan profundamente telúrica vital, que irresistiblemente llevaba hacia el amor de la mujer, como el color de la flor lleva al placer del néctar al insecto, o el guiño de la llama atrae a la mariposa.

La luz, el olor del yodo, el vaivén de las olas, la finura de la arena del Rinconcillo, el vuelo de las aves, las curvas de las dunas solitarias; incluso la soledad. Todo esto se había adentrado en su ser, se había instalado en sus recuerdos, se había unido en sus deseos, y formaban un ideal de cuerpo femenino que bogaba y se transformaba en su loco corazón de poeta. Se soñaba y se idealizaba a la mujer, la Yaya, la niña conocida en una «*playa azul y encendida*», la niña de los «*senos soñolientos*», de la «*mirada ausente*»; «*flor de la bahía*», «*boca ardiente*», «*dorada piel*», «*cálida cintura*». Y esa imagen femenina y dulcísima va llenando cada una de sus rutas de sangre. Se adentra en sus noches, se adueña de sus recuerdos, se confunde en la lejanía del tiempo y del espacio con la caricia de la ola y con la lujuria ardiente de la arena. Es la mujer la que se confunde con el paisaje y llena el mar, y las nubes, y la luna, y la alondra, y el pino; incluso el Peñón. Todo se le hace amor y brota su fuente con ese chorro purísimo y sonoro, melancólico y dolorido.

Y así empieza dirigiéndose a la tierra, al Peñón:

*“Con qué dolor de roca prisionera
-sabiendo del tristísimo amor mío-...”*

Allá, en la lejanía de su mar y su tierra, en la apretada barahúnda de la ciudad, con sus treinta años, el hombre, el poeta, en sus noches de ardor y desvelo, en sus días de horas grises y sueños destrozados, une y conjuga sus dos grandes amores: la mujer y la tierra (el mar). Se recrea en sus recuerdos y crea sus poemas.

Porque hay que decir que «*Sonetos de la bahía*» no está escrito en presencia del paisaje. El mar no es el mar real, mejor dicho no es el mar presente que moja con su espuma los pies, ni el mar encendido de las horas luminosas, sino el mar encerrado en un pecho de poeta desterrado: «*mar cautivo*», «*playa sola y fría*», «*seno amargo*», «*alga seca*», «*oscuro río*», «*lago azul callado y grave*» «*oscuros aires prisioneros*».

Son sus palabras, sus versos. Como se ve, el mar es un recuerdo querido y agridulce. Se le reprochan todas estas cosas como se le dan quejas a un ser querido que lo tiene a uno olvidado durante algún tiempo.

Y estas quejas al mar son también quejas a la vida. Recuerdos tristes del amor adolescente, del primer amor de niño que lo fraguó entre los aires salinos del Rinconcillo y las mañanas encendidas en la playa de Los Ladrillos. Comentando estos amores primerizos, veremos hasta donde llega su fantasía y su expresión poética.

En aquellos años de postguerra, fríos y tristes, hoscos y cerrados, cegada la libertad política y amordazada la libertad literaria; él, el poeta, que también había apostado por la libertad y la belleza, se siente solo, se encuentra solo (no se debe olvidar que no se casó hasta el año 48). Así lo dice en uno de sus sonetos:

*“Esta antigua y veraz, esta amarilla
soledad que me hiere y desalienta...”*

En aquella soledad, en aquel páramo de tiempo y de alma, de lejanía marina y de opresión oscura, con los aires encarcelados, él no claudica. Sabe que el dolor se puede combatir con el amor, el recuerdo del beso perdido con otro beso encendido, aunque sólo sea en la soledad del sueño y de la noche

*“Tengo un labio de amor y el otro tengo
doliéndome la sangre que sostengo”*

Y en otro soneto:

*“Y entre esos labios de tu amor herido
pondré mi pobre flor atormentada
por un secreto y cálido gemido”*

«*Sonetos de la bahía*», ese puñado de poemas del hombre niño, del poeta que crea y recrea su mundo perdido, se nota que no está escrito en contacto con la realidad. No está el mar ante los ojos, ni la arena quema los pies desnudos, ni la ola acaricia las carnes, ni la niña duerme sobre el pecho adolescente. Todo eso está en el recuerdo, y José Luis lo saca de su alma como se sacan las joyas del cofre, y se palpan, y se admiran, y se hermocean más y más. Su mundo es ahora sueño, fantasía, amor despierto y encendido por el recuerdo. Todo tal vez mas lejano, pero más auténtico por la intimidad y la grandeza de los sueños. Gracia del poeta que sabe volver a forjar su mundo, a crear nuevamente su infancia, a recuperar sensaciones del corazón y brisas marinas ya pasadas.

Comunicaciones

Y todo lo hace en treinta y tres sonetos. Ya se ve, escoge el soneto. No en balde había estado en contacto con los poetas de la Generación del 27, donde el soneto era pórtico dorado de entrada. Y también influenciado por los poetas que publicaban en la colección "Héroe" de Altolaguirre. Él mismo lo reconoce en la entrevista realizada por Juan José Téllez en el libro *Textos reunidos (José Luis Cano)*, por la Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar, el año 1987. "Entonces empecé a escribirlos (los sonetos). Realmente se me impusieron. La forma se me impuso y esos sonetos, todos, están inspirados en la bahía" Y préstese atención a esta afirmación suya para afianzar más lo que dije anteriormente de que "Sonetos de la bahía", no estaban escritos en contacto con el paisaje. Dice "todos, están inspirados en la bahía". No dice escritos en la bahía. Se publicó por primera vez el libro el año 1942. Dedicado "A Yaya, mi pobre amor del Rinconcillo". Consta de cuatro partes y las cuatro dedicadas. La primera, "Cuatro sonetos al Peñón", dedicado a la memoria de José Cadalso. La segunda a Dámaso Alonso. La tercera a José Luis Bianchi. Y la cuarta a Carlos Rodríguez Spiteri.

Cuando un poeta crea un libro, y de acuerdo con lo que quiere decir en ese libro, tiene que saber compaginar su estructura literaria, su forma versal en las estrofas, su presentación visual, su armonía fónica y su expresión verbal; y hasta las combinaciones sintácticas. Nada debe ni puede escapar al creador para forjar su obra.

El arte puede caber en un grano de polen o extenderse en un océano de luceros. Pero el artista, en este caso el poeta, tiene que saber adecuarlo a su medida, a su mensaje, a su voz, a su mundo. José Luis escoge aquí el soneto. Sabe que esta estrofa, vieja como nuestra literatura, densa y apretada como la pulpa de las frutas exquisitas, se deja grabar, pulir, ajustar, enlazar, templar y ceñir. Pero sólo acabará siendo fulgor de astro y perfume de rosa, si es tocado y abrasado por el aliento encendido de un poeta. Ay de aquél que osase medir sílabas, incluso versos perfectos en ritmo y rima, impecables en su construcción, pero sin zumo de fruto auténtico de paraíso íntimo y poético. Porque en el soneto, los versos, para ser joyas, no se engarzan con cadenas rítmicas ni con rimas más o menos floridas, sino con pura espuma de gracia poética. Catorce versos confinados y de una forma prefijada, pero formados de ritmos sencillos y puros, de música tan armoniosa, de verbo tan adecuado, de adjetivos tan limpios y exactos, de encabalgamientos tan sutiles, y de una médula interna tan caliente y fragante, que de no estar de acuerdo todos y cada uno de sus elementos, podría parecer un extraño y frío racimo de hielo, o tal vez el tallo mustio de un lirio deshojado. Escogió nuestro poeta el soneto, creó los treinta y tres sonetos, y fueron pájaros encendidos y perfumados por la gracia. Consigue la sonoridad con la rima sencilla y sin rebuscamientos, incluso a veces no le importa entrar en lo que alguien se atreve a decir rima pobre. Los «ados» y los «idos». Pero esa forma rítmica, es pobre cuando se usa por falta de fuente léxica, por aridez poética; pero cuando se usa adecuadamente, por la simplicidad y la sencillez de la palabra, se convierte en un acierto más que supera todas las estrecheces y mojigaterías.

Otro elemento de musicalidad es el acento en los endecasílabos. Usa el endecasílabo para mí más sonoro, el más cálido y completo. El propio o heroico. Y no lo digo como una afirmación circunstancial, sino que lo justifico con mis propios endecasílabos.

Y la palabra. Ese léxico propio y personal. Ese ropaje que cada poeta tiene que hacer suyo y adecuarlo a cada poema. Los verbos, los sustantivos y los adjetivos. En los tres grupos están los «Sonetos de la bahía» perfectamente llenos y adecuadamente preparados para el mensaje que quería dar el poeta. Por una parte la sencillez, la dulzura, la indolencia; por otra parte la luz, el color, la brisa, la suavidad, la frescura; y como no, la sangre, el recuerdo, el temblor, el beso, la mujer, la niña.

De todos y cada uno de los grupos citados podría poner ejemplos. Permítaseme que en este pequeño estudio destaque algunos sobre estos grupos fónicos. En la confirmación de las palabras es donde mejor expresa el poeta sus sentimientos. Las mismas palabras usadas por uno u otro poeta, enlazadas, unidas, combinadas, acercándose o alejándose en el espacio versal, pueden tener tal atracción, tal flujo y reflujo de sonidos y connotaciones sensoriales, de luces y sombras, de fuerza

y dulzura, que consigan hacer que la simple unión de palabras enlazadas y formando un todo, haga que se consiga una obra poética valiosa.

Cuando escribió el poeta estos sonetos estaba lejano en el espacio de su mar; pero influido de su luz, de su sol, de su sal y de su aire. Al mismo tiempo estaba lleno de una profunda laxitud, de una nostalgia melancólica, de un triste desaliento. Y todo ello tenía que reflejarse en los poemas. Esto lo sabía él. Y en su construcción poética recurrió a esa unión que he dicho antes de las palabras; poniendo de tal forma, una, «digamos triste», junto a otra, «digamos luminosa», de tal forma, que el contraste fuese casi visual, palpable, dominador. Como hacen los grabadores en las planchas de metal; destacar por contrastes de realces y profundidades. Y para afirmar más mis palabras voy a poner ejemplos de sus versos:

Adjetivos tristes junto a nombres luminosos: *“tristísimo amor”, “heridor deseo”, “oscura sed”, “postrer beso”, “mar cautivo”, “cintura triste”, “Flor atormentada”, “alas dolientes”*.

Adjetivos luminosos junto a nombres tristes: *“hermosa destrucción”, “cálido gemido”, “caliente mordedura”, “dorada niebla”*.



En su tertulia del Café del Prado. Ésta fue la última vez que pudo asistir a la misma (martes, 8 de julio de 1997) (Archivo A. Sanz)

GRUPOS DE NOMBRES, VERBOS, ADJETIVOS.

Todas las palabras que componen la oración tienen en lengua una gran importancia, y su combinación, su orden, su cercanía o su alejamiento, le transfiere al conjunto oracional esa peculiaridad del autor. Ninguna de las partes de la oración, por muy simples que sean, son ajenas a ese orden, a formar un todo de la estructura y la belleza del párrafo. Pero hay tres grupos léxicos, tres bloques de palabras en la oración, que son las que les dan a ésta sentido completo, estructura gramatical y mensaje justo y definitivo.

Estos tres grupos de palabras son los nombres sustantivos, los verbos, y los adjetivos. Ni que decir tiene, que en el primer grupo entran el sujeto, y los complementos. En el segundo grupo la acción realizada o padecida por el sujeto; y en el tercer grupo las cualidades que se le atribuyen al sujeto o a los complementos.

Pues bien, estudiando esos tres grupos de palabras, se ve que los verbos son los imprescindibles, los íntimos, los vitales. Nos es una poesía de acción, sí los es de recuerdo y añoranzas.

Los nombres: En este apartado se observa que la poesía de José Luis Cano es profundamente andaluza, rica en elementos del paisaje, en imágenes sensoriales, visuales, auditivas y táctiles.

En cuanto a los adjetivos siendo abundantes están usados de una forma delicada, limpia y exacta. Indicando los estados de ánimo, los sentimientos, la sensación de abandono y nostalgia.

Comunicaciones

No he querido poner ejemplos de estos tres grupos pues este es un simple estudio por la brevedad del tiempo, pero si alguien quiere profundizar un poco en este tema no tiene nada más que coger alguno de los sonetos y comparar mis afirmaciones.

Al ser esto nada más que un pequeño comentario sobre su primera obra, no quiero extenderme; pero sí quisiera añadir un razonamiento mío, tal vez sin mucha consistencia, pero que me llega muy fuerte a través de la lectura de sus poemas.

El libro se escribió en un momento de plenitud viril, pero de sentimiento nostálgico por su adolescencia. Todo está lleno de connotaciones amorosas y de besos pasados. Mas hay cuatro sonetos al principio, los dedicados a Gibraltar, que de alguna forma no se escribieron, según mi sentido crítico, como un todo del libro, sino que se añadieron como una presentación del paisaje al que nos empuja el poeta. Y nada mejor para definir esta Bahía que el Peñón. Con ello nos introducía en el paisaje playero para él tan amado, y en la visión constante que tenemos aquí del mar: la imagen del Peñón. Yo también escribiría una vez con esa misma visión de la roca gris y siempre presente, aquel soneto:

*Tengo la vista rota de mirarte,
que no hay amanecer, tarde ni luna
que no contemple tu silueta, ni una
barca de la bahía sin llamarte.*

Además, la tragedia de la separación del Peñón, sino geográficamente, pues eso no es posible, sí en lo social, en lo político, en lo cultural, incluso literariamente, se nota y presente está en los sonetos. Lo recuerda así con la dedicatoria a la memoria de José Cadalso. Y lo afirma en varios de sus sonetos:

*Te duele el seno amargo, que ayer era
vasta cueva sin voz, sombra de estío,*

(Soneto I)

*Y dime tu dolor bajo este viento,
tu nostalgia de roca desposada
sin el calor de un andaluz acento*

(Soneto III)

*Mirando estoy tus sombras y cadenas,
oh roca sin amor, y en mi atalaya
tocando estoy tus alas y tus penas.*

(Soneto IV)

Hay un soneto fechado en "Arenales del Rinconcillo, 15 de agosto de 1941" titulado "Sobre unos labios muertos", y puede que tal vez se escribiera alguno más, como por ejemplo el de «Viejas contrabandistas de Palmones». Pero ello no invalidan mis afirmaciones primeras de que es un libro de exilio, un libro del paraíso perdido. Referente al soneto citado anteriormente, y escrito en El Rinconcillo, es fácil inclinarse a pensar, que la niña "Yaya", murió en plena fragancia de vida y amor. También lo dice él en otro soneto con el título de "Yaya". Lo afirma en todas y cada una de las cuatro estrofas del soneto:

*"Ya no suena tu voz por los pinares..."
"No te escucharán más los olivares..."*



José Luis Cano en Córdoba, con motivo de la entrega del Premio Luis de Góngora, otorgado por la Junta de Andalucía (12 y 13 de julio de 1996). (Archivo A. Sanz)

*“Ni ya te oirán, alegres, los chaveas
del Rinconcillo amargo,...”
“...ahora que sueñas bajo el mar que amabas,...”*

Pero, ¿cómo es posible eso? El mismo José Luis, en la entrevista publicada por Téllez dice: *“Mi primera novia fue algecireña. En mi primer libro, los “Sonetos de la Bahía” hay unos poema en que evoco mi primer amor. Y el libro está dedicado “a Yaya, mi pobre amor del Rinconcillo”. Yo le llamaba Yaya. Uno de los sonetos, titulado “La novia embriagada”, lo dedico a M.P.D., que ya habrá olvidado. Estas iniciales son las de Mari Pepa Díez. Ya se ve que dice, “uno de los sonetos”, no todo el libro.*

Pero intentemos descifrar este texto: Dice que su primera novia fue algecireña. En nada justifica esto que se esté refiriendo a “Yaya”. Todo hace pensar que “Yaya” fue un primer amor infantil, pues recuérdese que José Luis Cano se fue de Algeciras con doce años. Edad muy temprana para ya tener la novia a la que él se refiere posteriormente cuando habla de Mari Pepa Díez. Seguro que esto ocurría en alguna temporadas de las que José Luis solía visitar Algeciras. ¿Y en qué me baso?

Para mí sólo tengo como datos sus poemas, su libro *"Sonetos de la bahía"*. Lo dedicó *"A Yaya, mi pobre amor del Rinconcillo"*. Leamos bien: *"mi pobre amor del Rinconcillo"*. "Pobre amor". ¿Por qué ese adjetivo?. Tiene toda una fuerza triste, dolorosa, o trágica. Y ya se ha visto como en el soneto comentado anteriormente se desprende que la niña fue ahogada. Es más, en otro soneto y fechado en El Rinconcillo el 15 de agosto de 1941, en una de sus visitas estacionales, dice:

*"Ciega, impasible muerte de tu boca.
Está callada, está rota y oscura
aquella su rosada arquitectura
fiel a mis labios cálidos de roca.
La gloria de tu aliento ya no evoca
calientes rosas de esta tierra dura,
sino la sombra y soledad futura
de tus labios de mar..."*

Y en otro soneto: (El amor muerto)

*"Me iré, si no, a buscarte en mi chalupa
por la triste Bahía, alegremente,
a ahogar la soledad que a ti me lleva. "*

Es seguro que José Luis se refiere siempre a "Yaya" como su primera novia, pero en ningún momento, que yo haya podido estudiar, dice que era M.P.D. De alguna forma las separa. Por motivos íntimos y profundos, a veces el poeta, esos primeros latidos de amor, los encubre, los disfraza, los oculta o los guarda nada más que para su sueño y sus poemas. En su libro *"Los cuadernos de Adrián Dale"*, recuerdos biográficos, sueños que vuelven muchos años después, el capítulo XIX, es "Un amor algecireño de Adrián" cuenta sus horas amorosas con "Yaya". Sí pudiera ser esta mujer la verdadera "Yaya", aunque la historia esté engrandecida por el amor y el recuerdo poético. Dice en uno de los párrafos: *"Nos hacíamos pasar por, ¿te acuerdas?, estudiantes extranjeros..."* Se afianza más la idea que tuvo que ser en las visitas que realizaba a Algeciras durante su juventud.

También pudiera ser que se tratase de una pura idea metafórica, de un pérdida de la niña de una forma amorosa, muerta para su corazón; mas son tan auténticas las palabra de dolor, en particular en el primer soneto, que no debe de haber duda de su trágico fin.

Lo que dice en el último verso citado, ¿quiere decir que la "Yaya" se ahogó en el mar, o es simplemente una metáfora? Ocasiones tuve de preguntárselo pero no lo hice por no herir sus recuerdos de niño enamorado.

Hablando de metáforas, *"Sonetos de la bahía"* no es que sea un libro de poesía adornada de muchas metáforas, de comparaciones o similitudes, es decir, no es la metáfora relumbrosa, fácil. O tal vez sea que cada uno de los sonetos sea una hermosa y gran metáfora. Y digo bien, todos y cada uno de los sonetos. En este caso sólo voy a citar algunas metáforas puras, sin engarces ni comparaciones, sin pistas para su localización, sino formando un todo con el verso, una delicada sensación del más alto valor poético-lírico:

Refiriéndose a la nube que cubre algunas veces el peñón: *"Alondra de niebla"*, o *"hálito malva"*. Referente a luz del mar: *"Guirnalda matinal"*. El agua que deja la ola corriendo por la arena: *"Serpiente de tu lengua"*. Reflejo de la luna en el mar: *"Tu trémulo, desnudo, transparente"*. El tronco del pino: *"Talle matinal"*. La copa del pino vista en su interior: *"Isla*

de sombras". El sol dando en la copa del pino: "Allí desangra su corcel". Muchacha entrando en el mar: "En dulce nave transformada, el mar hendiste". Como se ve, las metáforas son puras, hermosas y fulgentes en su lirismo.

Y por último, tal vez sólo como elucubración imaginativa mía, pero con fuertes connotaciones, vuelvo a recordar que «*Sonetos de la bahía*» está compuesto por treinta y tres sonetos. No sé si lo hizo el poeta de una forma inconsciente o deliberadamente. Pero ahí están. Treinta y tres. Número mágico de resonancias bíblicas, de referencias matemáticas, de escrutaciones internas fisiológicas y tal vez psíquicas. Todo conduce a una madurez plena a una constante armónica, a unas resonancias de calado y hondura en el acervo humano. Y de todo ello se da en «*Sonetos de la bahía*».

En su obra volvió José Luis a escribir algunos sonetos, no muchos. Los "Cuatro sonetos a mi hija Teresa", seguramente escritos a finales de los años cuarenta, tres en "Voz de muerte", y que parecen escapados, u olvidados, de "Sonetos de la bahía", en "Las alas perseguidas", el soneto "Playa amarga", con el mismo sentido y el mismo lenguaje. En este último libro citado otros tres sonetos, uno dedicado a Miguel Hernández y otro a Manolete. Y por último, un soneto "Besarte es soñar", en su libro "Luz del tiempo", que por su distinta y original rima del primer cuarteto, me inclino a pensar que hubo un error de imprenta en el orden de sus versos.

Una vez, José Luis Cano, escribió de mí, sin miedo a decirlo de un poeta que empezaba, que Manuel Fernández Mota estaba en los mismos caminos de Salvador Rueda, Arturo Reyes, Bécquer, Antonio Machado, Juan Ramon Jiménez, García Lorca, Altolaguirre; que era poeta por vocación fatal e irreprimible... Yo, que siempre agradecí esas palabras tuyas, aunque bien sabía que sólo tenían el valor de su empuje sureño, de su amistad y de su grandeza, las enquisté en el alma y siempre las guardé como un recuerdo de valor. Ahora, estamos celebrando este Homenaje dedicado a su persona y a su obra, a su ejemplo y magisterio, he querido detenerme en el estudio de uno de sus libros, poniendo mis opiniones sobre obra tan llena de lirismo. Considérese ello, no sólo como mi admiración por su poesía, sino como un gesto de sencillo agradecimiento.

Tengo que decir, que José Luis Cano, está ya en el grupo de los poetas inmortales andaluces. Su obra literaria y poética fue en su día como una flor que brotaba en un páramo reseco. Tuvo la gracia de abrir el frasco del perfume lírico a pesar de estar en plena posguerra, en plena época de heridas no curadas, de hambres y de miserias en todos los sentidos.

Y para comprender que es así, que es un verdadero y gran poeta, no hay nada más que leer su primer libro, éste que acabo de comentar: "Sonetos de la bahía".

